

# DERIVAS DE LA TRANSFERENCIA EN LA PANDEMIA 2020

Enrique Tenenbaum

Presentación en el panel: Interrogantes al dispositivo analítico. Contingencias  
XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología  
UBA, 27/11/2020

Hace varios años, a partir de la insistencia de una analizante que se había radicado en otro país, por lo que le era imposible proseguir con las sesiones presenciales -término que en ese entonces no tenía el mismo sentido que hoy en la lengua corriente- comencé con una práctica que durante este año fue, podría decirse, la norma.

Después de los primeros intercambios de correos le sugerí que las sesiones fueran telefónicas, a lo que se negó puesto que prefería escribir, a la vieja usanza. Yo creí que no iba a ser posible proseguir así un análisis, hasta que contó un sueño: ella entraba a un museo en el que todos los cuadros estaban apoyados sobre el piso. Cuando ella había emigrado yo venía de mudar mi consultorio, y en el nuevo aún no había colgado mis cuadros, estos permanecían apoyados contra una pared, sobre el piso. Entendí que la transferencia continuaba su trabajo. Yo no tenía razones para interrumpirlo, ni tampoco tenía derecho, porque la transferencia, hay que decirlo, compromete a ambas partes, pero sólo una de ellas puede renunciar sin causa a seguir analizándola.

Lacan sostuvo que en las entrevistas preliminares se trata de la confrontación de los cuerpos, y que cuando la transferencia se instala ya no se trata de eso, esa es la lógica del paso al diván. La instalación de la transferencia indica que en ese lazo social lo que sucede es obra del acto de decir, lo que se intercambian son palabras, y no se satisface la pulsión en acto sobre el cuerpo del otro, esto es: no se come no se caga no se coge no se mata efectivamente, realmente. Freud llamó a eso abstinencia, y la puso a cuenta de no brindar satisfacciones sustitutivas que hagan obstáculo a la marcha de los análisis.

En efecto, el amor de transferencia es como cualquier otro amor, la diferencia es que no se lo vive: se lo analiza. Y eso vale para cualquier objeto pulsional de la demanda en juego que se sostenga en las fantasías transferenciales: lo que analizante y analista intercambian son sólo palabras. Así precisamente culmina la primera entrevista de Freud con el hombre de las ratas, anunciándole que él, Freud, no tiene inclinación alguna a la crueldad, dando lugar a que al tormento de las ratas se lo analice, no se lo realice.

Si el entonces analizante tiene la suficiente confianza en que el analista sostendrá la cura en abstinencia, el análisis puede comenzar. Y puede continuar, aunque los cuerpos no estén reunidos bajo el mismo techo.

Es verdad, los amores a distancia, sostenidos por el viejo formato-carta o por los medios remotos más desarrollados de los que hoy disponemos, dicen que si el amor no se realiza, ese amor tendrá una fecha de vencimiento, a menos que se trate de un amor cortés. En cuanto al análisis, cabe la pregunta de si seguirá la misma deriva.

Freud aconsejaba suspender las sesiones si algo impedía su prosecución habitual, como una enfermedad o una intervención quirúrgica. En su época, recordemos, se practicaban seis sesiones

semanales durante un tiempo breve. Por otra parte, se exigía también al paciente una estricta abstinencia, que no tomara decisiones en su vida hasta que el análisis concluyera, lo cual iba también en la vía de restringir satisfacciones sustitutivas. Esto hoy sería inviable, dado que los análisis se practican con otra frecuencia, duran años, y nadie aceptaría semejante restricción, precisamente en una época en la que la aceleración del tiempo, en los tiempos que corren, la lógica de mercado y el empuje al consumo parece que obligan a tomar decisiones permanentemente. Lacan señaló que la prisa lógica es parte indisoluble del acto: hoy suele escucharse que si el analizante no hace ningún cambio en su vida ese análisis no funciona. Quizás esto sea como pasa con los directores técnicos de los equipos de football: si no hay logros no se renueva el contrato. Pero la transferencia se sostiene en otra temporalidad que la de los logros. Véase si no el amor sostenido por Diego Maradona más de dos décadas después de lograr sus últimos trofeos. Por lo tanto, hay que distinguir la prisa lógica del apuro o de la pronta satisfacción, que no son de la lógica del sujeto sino de la fuga a la salud o la del mercado.

Hace varios meses que la mayoría de los análisis continúan en forma remota, al menos en mi ciudad, Buenos Aires, y seguirá probablemente así mientras no haya una vacuna eficaz en su acción y solidaria en su distribución. Prosigue el trabajo, con sus diferencias, algunas más notorias que otras. Del mismo modo que prosigue la vida, con diferencias. En estos meses he recibido pedidos de consultas, de entrevistas, y he comenzado a recibirlas con mucha cautela y con prudencia por el hecho de carecer de aquello que ahora ya no era factible: la confrontación de los cuerpos. Para mi sorpresa se produjeron ciertos efectos de lo que podría llamarse el inicio de una transferencia analítica. Podría mencionar varios, pero el que tuvo un lugar homólogo a aquel sueño con los cuadros en el piso fue que, en un momento de su decir, del hipotético otro lado de la pantalla, quien me hablaba se detuvo de golpe y me preguntó “¿puedo relatarle un sueño que tuve anoche?” Algo del cuerpo se había jugado en ese detenimiento, algo de la presencia del analista en relación con una formación del inconsciente se había producido, instalando una pregunta sobre la transferencia misma en juego, sobre si desde mi lugar en la conversación yo autorizaba el juego de la transferencia, porque ese juego es lo único que un analista autoriza como tal.

Ante mi respuesta: “claro, por qué no”, él aclaró que se le presentó, casi que se le impuso la pregunta: “¿a quién le interesan los sueños de un viejo?”, declarando así la instalación de la transferencia amorosa, por la vía del pudor.

Por cierto que resta la pregunta acerca del desarrollo y de los finales de análisis cuando no media la presencia real de los cuerpos bajo el mismo techo. ¿Será posible la liquidación de la transferencia, o solamente asistiremos a análisis infinitos o a diluciones o desvanecimientos de la transferencia?

Durante estos meses sostuve un seminario grabado y emitido en forma remota, subido a uno de los canales de las redes actuales, y que se proseguía con foros de debate en vivo en plataformas digitales; en ese espacio interrogué los efectos de esta práctica que no es nueva, sino que es hoy, o al menos fue durante buena parte de este año, la única practicable.

La marcha del siglo, el impacto de los medios masivos llamados de comunicación, y ahora la redefinición de redes sociales en las que cada click de un mouse es un bit de información, un dato para una unidad de negocios -basta ver *El dilema de las redes sociales*- nos conducen a un mundo en el que el autismo social es uno de sus productos, y la tecnología 5G promete realizar la consumación definitiva de estos autismos en la sociedad; yo suelo contraponer el autismo en la sociedad al malestar en la cultura. Esta contraposición habilita, para mí, nuevas preguntas sobre la clínica que llevamos adelante, ya que no es la misma la clínica del malestar que la del autismo.

Posiblemente el *ciberanálisis* constituya el fin del psicoanálisis, sea su certificado de defunción, o quizás, por el contrario, sea su puesta en sintonía con el siglo. No lo sabemos. Lo que es seguro es que nos obliga a reconsiderar los fundamentos de nuestra práctica y los conceptos con los que la teorizamos, puesto que, toda vez que un nuevo real nos pone a prueba, exige un trabajo con el cuerpo, en particular con el cuerpo de la lengua.

Toda vez que un nuevo real irrumpe fuerza a la lengua, como órgano afectado por ese real, la fuerza a trabajar, incorporándolo o no, a ese real, en las series y constelaciones de significación de las que dispone. Mientras eso no se realiza, ese real nuevo no tiene nombre, “esto que está pasando no tiene nombre”, suele escucharse. Lo innombrable es, claro, un nombre de lo real. Decir que eso no tiene nombre es nombrar la imposibilidad de nombrarlo, justamente. Pandemia, decimos. Y lo hacemos entrar en la lengua y en la historia, la historia de las pestes, los libros sobre las pestes, el pandemónium, o la fantasmagoría que se les ocurra.

Otros lo intentan hacer entrar en la serie de los sucesos históricos conocidos, y entonces se habla desde teorías de conspiración hasta la incidencia de un Dios que castiga por doquier, castiga tanto la promiscuidad como el neoliberalismo, según quien le rece. Algunos predicen que será el fin del capitalismo, otros que será un paso más hacia el libre mercado, otros hacia la implicación de los estados de bienestar en la salud global, algunos dicen que el estado de excepción se instalará de modo global, otros en cambio sostienen que este nuevo real producirá una nueva conciencia comunitaria. En fin... como aprecian, ante la angustia por lo desconocido, inabordable, intratable, silencioso e invisible, toda reacción es defensiva. Efectivamente, por ahora, solamente podemos pensar en defendernos: incluso una vacuna es, apenas, defensiva. No es esta una lucha entre contrincantes recíprocos: el virus puede llevar a la muerte al organismo que parasita para reproducirse, pero nuestra ciencia apenas puede evitar que se reproduzca, ya que en el virus no se trata exactamente de un organismo viviente, sino de una secuencia real de re-producción o de modificación de la vida.

Si cada nuevo real exige un trabajo con la lengua, con la fantasmagoría, con la historia, ¿cómo no afectaría al sujeto de nuestra práctica y a los fundamentos de la práctica misma, esto es a la teoría?

No me voy a referir a los dispositivos, sino a lo que entiendo es su fundamento: el modo y las condiciones de circulación de la palabra. Si en algún momento sostuve que la subjetividad de la época se sitúa en cómo se dicen las cosas, ahora abordo lo real de la realidad en la que vivimos según cómo se dan las posibilidades de circulación de la palabra.

Cuando Lacan, para nombrar un prócer que todos admiramos, cuando Lacan fue impedido de presentarse como didacta en la IPA, su respuesta fue llevar su enseñanza a otro sitio y a otro lugar, a otro sitio en el sentido real de geolocalización, como se diría hoy, y a otro lugar como término simbólico. Su palabra, más precisamente su habla y su decir, debieron cambiar de lugar y de circuitos de circulación. Se nota en estos términos la centralidad supuesta, el círculo, como el círculo de seguidores, el círculo de influencia, el círculo íntimo. El que no estaba enterado de la nueva sede en la que hablaría Lacan, se lo perdía. En esa época el sitio solía coincidir con un centro, como aún hasta hace muy poco suelen nombrarse algunas sedes comunitarias: centro cívico, centro comercial, centro de la ciudad.

Pero la palabra, cuando es una palabra comprometida con la existencia del inconsciente, no es una palabra que se aloje en relación con un centro. El psicoanálisis no centra, descentra.

La idea misma de centro, o de epicentro, ha estallado a partir de la irrupción de la pandemia y del aislamiento social que impuso. Hoy las líneas de fuerza de la circulación de la palabra dependen de las redes de internet, redes que no tienen centro, que son rizomáticas, si queremos tomar el

término de Deleuze, redes que se encienden o se apagan al ritmo del funcionamiento de los programas tipo Zoom.

Lacan decía en Caracas que tenía su práctica en 5 rue de Lille. Yo me presentaba hasta hace poco tiempo atrás diciendo que practico el psicoanálisis en Buenos Aires. Hoy no tiene el mismo sentido una afirmación semejante, hoy las coordenadas de nuestra práctica son también algunas direcciones IP y códigos de acceso a plataformas de internet.

Se trata, en el análisis, de la función del habla y del decir. ¿Cómo ha afectado esta actualidad viral a la práctica del habla cuando su escucha está forzosamente mediatizada por la transmisión de datos, separada así doblemente del cuerpo viviente que la emite, que la pronuncia? ¿Cómo afecta los inicios de análisis, la prosecución de análisis, los finales de análisis?

De lo primero y lo segundo ya podemos dar testimonio. De lo tercero aún no tenemos noticias, pero podemos adelantar que estamos trabajando, con la experiencia y los testimonios que comenzamos a disponer, en la conceptualización de la transferencia y sus derivas cuando los análisis no se pueden sostener en forma llamada presencial, y se realizan de forma remota, término a mi entender más ajustado que “virtual”.

Quizás el año que viene, si las cosas marchan bien, podremos tener algunas respuestas, y conversarlas en vivo, ojalá que bajo el mismo techo.